



# EL MISTERIO DE ONDANTIN

De toda esta historia ¿Quién será el  
mayor culpable?

AGUSTÍN CORTAMANERO

# **EL MISTERIO DE ONDANTIN**

**Agustín Cortamanero**

## **CREDITOS**

Título: El misterio de Ondantin

© 2017, Agustín Cortamanero

©De los textos: Agustín Cortamanero

Ilustración de portada: Emmanuel López Ortiz

Revisión de estilo: Emmanuel López Ortiz

1ª edición

Todos los derechos reservados

# Índice

[CREDITOS](#)

[EL GRAN FESTIN](#)

[EL RAPTO DE LA SEÑORITA WATSON](#)

[LA DECISION DE SIR ARTHUR](#)

[EL VIAJE DE SIR LANGDON](#)

[EL GRAN FESTIN CONTINUACION](#)

[EL DESTINO DE SIR LANGDON](#)

[EL AGRADECIMIENTO DE SIR ARTHUR](#)

[SIR LANGDON CONOCE A SU VERDUGO](#)

[EL BANQUETE DE PAZ](#)

[EL MISTERIO DE ONDANTIN](#)

[Contacto](#)

## EL GRAN FESTIN

¡El banquete está servido!, la sala está llena de olor a múltiples sabores que se pueden saborear hasta donde el esófago se mezcla con los conductos respiratorios, carne marinada en vino tinto, uvas mezcladas con el alcohol casi invisible del Martini, frutas de temporada, ensaladas multicolor, cortes de filetes jugosos y humeantes. Sir Arthur eleva las manos por los hombros con las palmas extendidas en señal de recibimiento para el sequito invitado al banquete. Justo al extremo de la mesa con su protuberante abdomen sobresaliendo de su cintura y llevando al límite a los botones que sujetan su saco elegante azul con vivos dorados. Las campanas suenan anunciando al enfilado de la servidumbre que traen consigo calderas humeantes en sus brazos, un olor que desmenuza desde champiñón, especias, condimentos hasta leche y trozos de cerdo con nuez en una salsa, una mezcla agrídulce que sería un deleite al paladar, los invitados al ir tomando cada una de las veinte sillas que conforman la mesa del señor feudal no pueden evitar sentirse atraídos por los colores y los trozos de carne al rojo vivo mezclados con fragmentos de frituras de los mismos que sucumbían al confinamiento del sabor que se anunciaban con hilos de intangible humo, mientras iban tomando asiento los comensales y empleados de Sir Arthur.

Recientemente en sus extensiones de ochenta acres pertenecientes a todo el comercio local donde crecía poco a poco Ondantin. Se desarrollaban una completa serie de eventos desconocidos e inexplicables que desembocaban en pérdidas de varios centenares de monedas de oro para el incomprendido feudo, en cantidades incalculables al grado que los comerciantes aledaños al feudo pensaban en marcharse a radicar en las orillas del río o en las afueras de la ciudad y subsistir apostando todas sus piedras preciosas y sus esclavos al turismo de paso, esa noche Sir Arthur debía proponer una solución a la premisa para que todo hallase bajo control de inmediato una vez terminada la velada y sus tierras refrendaran su incalculable y antiguo valor.

— Sir Arthur es honroso tenerme en su palacio con tan maravilloso banquete, pero dígame ¿A qué se debe tan honorable invitación? —Dejaba ver Sir Langdon mientras empuñaba su pretina del pantalón con la mano derecha y elevaba el rostro para que con los bifocales de los lentes echase una visita al festín que aguardaba ser devorado esa noche.

—Mr. Langdon déjeme extenuar mi más respetable saludo a usted y a

todos los caballeros que esta noche nos acompañan, el motivo del festín es simple y sencillamente el de limitarnos a olvidar los hechos inexplicables que asechan a Ondantin y nos centremos en disfrutar de lo poco que aún nos provee la maravillosa tierra —Decía Sir Arthur mientras extendía la mano en señal de un saludo figurado a distancia.

La servidumbre interrumpió la plática a una señal de Sir Arthur por debajo de su cintura simulando un chasquido de dedos haciendo sentar a Sir Langdon

—Sir Arthur... —Fue interrumpido por el brazo que servía la salsa de cerdo de Athena, la encargada de todo el Buffet de Sir Arthur, una mujer mal encarada con atuendos propios de una mucama de servidumbre.

—Limítese a disfrutar del festín Sir Langdon y más noche todo será mejor.

A un aplauso agudo de Sir Arthur en dirección a la orquesta situada sobre la luneta que ensombrecía parte del comedor lograba que comenzara a sonar música con metales enjundiosos sonorizando al ritmo de Richard Wagner su famoso tema “cabalgata de las valkirias”, que sonorizaba todo el salón con un eco que no dejaba que ningún recóndito espacio se quedara sin saborear una nota musical del conocido tema.

Los hombres de negocios con sus cuellos almidonados y sus trajes burgueses haciendo un homogéneo quorum mientras eran participes del bufete paseaban platillos transportando de uno a otro las diversas opciones de alimentos en el buffet y simultáneamente intercambiaban información.

— ¿Cuál cree usted que sea el verdadero motivo de que Su Señoría nos háyase reunidos hoy?

Cuchicheaba Sir Andrew con Sir Waters, ambos proveedores de comida para el ganado y abonos para la tierra, mientras se repartían un trozo de carne frita marinada en vino que daba un aspecto rojizo y en tonos color oxido.

—La situación no pinta nada positivo para nadie de las comarcas, aun sin paso de turistas y con las bóvedas de castigo vacías y sin ningún criminal capturado en meses, las desapariciones son un tema crítico, a este paso el ganado no tendrá como distribuirse ni como mantenerse, en resumen, podríamos caer en una crisis donde la misma comarca podría llegar a su fin, me imagino, puede ser que Sir Arthur quiere proponernos un plan emergente para solucionar esos problemas.

Comentaba a respuesta del primer comentario de Sir Andrews Sir Waters sirviendo en su plato un trozo de carne jugoso que dejaba caer gotas de sabor que despedían un sabor imposible de ignorar.

—No sería mala idea que, si no lo comenta, alguien de nosotros lo exponga.

—Sir Langdon no tuvo oportunidad, se pudo observar el control de su señoría, estamos en territorio real, no podemos arrancarnos ningún tipo de atrevimiento, debemos manejarnos con una especial cautela.

Los calvos hombres de más de medio siglo de edad compartían el pan y el vino mientras cruzaban miradas con los demás reunidos en la mesa tratando de intercambiar algún tipo de acuerdo mediante las miradas, el nerviosismo y el regocijo no se ausentaban pues en cada mascar de cualquiera de los bocados el titiritar de los dientes se manifestaba como seña de que el nerviosismo se apoderada de cada uno de los hombres, una reunión de esa clase no era normal en esos tiempos y en esas situaciones.

De derecha a Sir Arthur estaba Sir Luther, Curtidor de pieles de la comarca, dueño de la talabartería que abastecía desde sillas para montar, vestiduras de carruajes, los mejores sombreros contra agua para las tardes de verano, el calzado más elegante y las mejores pieles que todo el condado, no solo la comarca pudiera curtir, un hombre de cabellera intacta y negra como la noche, tez blanca y un bigote anunciado que exaltaba la forma de la boca, en extremo alto y delgado que le daba más realce a la silla de Sir Arthur. Siguiéndolo estaban Sir Scott, Sir Timón y Sir Hemsley quienes extraían los combustibles como petróleo y carbón de la mina, mantenían a la comarca iluminada de noche proveyendo a cada hogar de los combustibles necesarios y empleando a la mitad del poblado masculino, una tripleta de hombres exitosos. Los tres hombres rayaban la línea de lo albino, sus barbas crecidas en tonos blancos casi plata, sus cabelleras abundantes salvo en la nuca y sus ojos azules en tonos bajos casi grisáceos acompañados de su pálida piel hacían que sus manos al colocarlas en la mesa se difuminaran en lo blanco del mantel, los tres hombres con la misma pinta pues compartían una misma línea genética siendo hijos de los mismos padres. a continuación, estaba Sir Andrew Y Sir Waters aun dialogando sobre el posible motivo de su lujosa reunión ante Sir Arthur, ambos hombres se encargaban de que los ganados estuviesen siempre bien alimentados, desde mantener los graneros

abastecidos en cantidades abundantes, en un resumen la agricultura de la comarca corría por cuenta de este par de hombres asociados desde hacía más de dos décadas. A la derecha se encontraba Sir Watson que era el médico de la comarca, no dejaba de mantenerse firme y con una mirada sin rumbo y fija, como si todo lo que estuviese frente a sus ojos no tuviera más vida que la que conlleva una pintura a la que tuviese que hallar pincelada por pincelada el sentido de la misma, víctima de un ultraje hacía poco. Su hija en edad casadera había desaparecido en un corto paseo a caballo por los alrededores de la comarca, solo se pudo hallar en el lugar del plagio restos de sus ropas, telas satinadas en tonos verdes que tenían rastros de sangre fresca que había adherido a ella hojarasca seca.

A la derecha del doctor Watson y a la izquierda de Sir Langdon se encontraba Sir Adams, un hombre de corpulencia asombrosa, transportista por excelencia de la comarca, dueño de un ochenta por ciento de los carruajes que había en la comarca, poseedor de una caballería más que poderosa y actualmente con un cuello de botella financiero pues la manutención de los carruajes no podía darse abasto ya que la mayoría de las personas no querían actualmente transportarse ni de la comarca hacia fuera ni de otros lugares a la comarca, el hombre lucía excedentes de piel en grandes cantidades en todo su cuerpo y mayormente en su rostro que lo hacían lucir como si no estuviese abriendo los ojos, Sir Langdon Era la autoridad judicial y quien el calabozo obedecía, un rostro sin expresión, poca ceja, una cabeza con ausencia de cabellera, el más nulo bello facial pero unos ojos penetrantes que podrían derretir el hielo en medio del frío invierno con tan solo mirarlo, el más joven de la mesa sin duda y el más atrevido también, en una aldea de casi quinientos habitantes. Tres desapariciones a la semana eran un número alarmante y Sir Langdon necesitaba saber si podría hacer algo para remediar la situación, debía esclarecer la ola de crímenes que asechaban a Ondantin, A su costado se encontraba Sir Michaels, las mejores telas escarlatas, satinadas y almidonadas que la comarca de Ondantin pudo tener jamás, todo el atuendo de los hombres ahí sentados podría dar de comer al pueblo durante un mes quizá y Sir Michaels era el responsable de tal elegancia inigualable en mil quinientos acres a la redonda, El traje del hombre hecho de paño con un cuello que le cubría hasta el cartílago de las orejas y deslizaba por todo su cuello una mascada de algodón hacia que en su rostro se dibujara una dureza y elegancia que su perfil pudiese haber sido digno de un busto, su mirada se centraba más en el telar de las cortinas que decoraban el salón a colores

purpuras por encima del banquete, era el único hombre de la mesa que no estaba cautivado ni por Sir Arthur ni por el festín que llenaba la mesa redonda. Sir Gabriel El empresario responsable de todo lo que fuese intercambiar con aldeas aledañas y negociar desde herramientas hasta máquinas de arado y refacciones para los vehículos de sir Adams, incluso si algún aldeano deseaba alguna mercancía en específico pues no bastaba con tener el vehículo, si no era necesario tener el conocimiento de compra, venta y adquisición de cualquier producto que se requiriese, sus cejas más blancas que las cabelleras de los hermanos albinos y abundantes que pareciesen crear un techo para sus propios ojos, su traje de ya tres décadas protagonizando sus más elegantes momentos hacían de sir Gabriel el mayor de la mesa en contraste con sir Langdon, el más joven e intrépido, por último y entre sir Gabriel y sir Arthur se encontraban Sir August y Sir Lazco respectivamente el proveedor de la metalúrgica de la comarca y del ganado, tenían un gran compañerismo puesto que ambos se complementaban regalándose una y otra vez trabajo como si se tratase de los mejores amigos, Sir August con la barba larga y escurrida en tonos grisáceos superados por los negros con una cabeza escasa de cabello y joyas en abundancia, como si se trataran de estandartes dignos de la metalúrgica, y sir Lazco, el más pequeño de todos los hombres en tamaño, poseedor de más de quinientas cabezas de ganado, realmente era un hombre calculador que tenía entre sus manos la típica costumbre de manejar un ganado a la misma cantidad de la población para proporcionar de buena carne, leche y pieles a toda la comarca, nunca había existido un desabasto pues mantenía sus cifras intachables y podría decirse que era el empresario más experimentado y exitoso de todos los ahí reunidos aunque con un pésimo sentido de la diversión pues solo podía disfrutar de su escuálido sentido del humor Sir August.

—Propongo un brindis por Sir Arthur y su hospitalidad en medio de todo lo que está pasando —extendió su copa sir Scott y mostro sonriente su bebida espumosa ante sir Arthur.

Extendió una sonrisa que dejaba ver lo brillante de su dentadura mezclada con los grasoso de sus labios al estar ingiriendo tanta carne que había sido previamente frita.

— ¡Salud! Todos extendieron sus copas, algunos con menor ímpetu que la mayoría tal era el caso del Dr. Watson y el caso de Sir Langdon, la autoridad presente en dicha reunión.

—Sir Watson ¿le molestase si tomáramos una copa mientras fumamos un cigarrillo viendo el paisaje en la ventana? —Se dirigió Sir Langdon atravesando con sus palabras la poderosa anatomía de Sir Adams.

Casi intacto el Doctor Watson movió la cabeza en señal de aceptación y dijo delicadamente << con su permiso >> viendo a Sir Adams, este acento con la cabeza. Sir Langdon se retiró del asiento y saco de su bolso del saco una cigarrera para pasar a ofrecer un cigarrillo a Sir Adams sabiendo de antemano que no lo aceptaría pues su plato contenía una cantidad generosa de comida solicitada por el mismo.

—No, muchas gracias —Dijo Sir Adams con la mano extendida en señal de diligencia mientras se atragantaba con los bocados de la carne envinada.

—Con su permiso sir Adams —Dijo Sir Langdon mientras palmeaba la espalda del corpulento hombre.

Los tres hermanos cruzaban copas mientras Sir Andrew y Sir Waters se preguntaban cuál era el filete más delicioso para seguir degustando, la comarca no estaba de luto pero hacia un par de meses que no podían darse el lujo de disfrutar una cerveza al ritmo de polka o de un brindis en casa pues las desapariciones habían sido en extremo confusas, violentas y muy intempestivas, la población tenía miedo, Sir Langdon estaba armado, era la autoridad de la comarca, y justo en ese salón se encontraban los más poderosos hombres de aquel condado.

— ¿Luce como desierta la comarca cierto Doctor?

Miraba con el rabillo del ojo el Policía Langdon al Médico mientras este se limitaba a mirar el horizonte con sus pobres lámparas de petróleo y las pocas antorchas que rodeaban la fortaleza de Sir Arthur casi igual de iluminado que un cementerio que alberga un par de velas en sus fauces.

— ¿usted qué cree que este pasando? ¿Por qué aún no se resuelve el misterio de las desapariciones? —Contestaba el Medico con un tambaleo de sus ganglios al hablar por contenerse las lágrimas al recordar la desaparición de su hija.

—Doctor créame que sin descanso me he dado a la tarea de que esto se resuelva, no es sano ni posible que se esté dando este fenómeno en tan apacible sociedad como es Ondantin, tenemos pistas...

— ¡Pistas! ¿Usted cree que yo necesito pistas?

Interrumpió de golpe el Doctor Watson, a sus espaldas se escuchaba Sonidos inigualables de Tchaikovski mientras el sonido de los cubiertos y el de los cristales de las copas seguían adornando las notas musicales.

—Claro que necesita pistas, pistas para dar con quien oso suprimir la tranquilidad de Ondantin —Decía el Policía Langdon mientras exhalaba el humo del cigarrillo.

—Dígame Sir Langdon: si su hija en el caso de que la tuviese claro. Fuese quien desapareciera, ¿Qué haría usted? Eh... ¿Acaso esperaría a que le llegaran con un palmado de pistas? No lo creo ¿verdad?

Contesto Watson con la yugular exaltada y los ojos enrojecidos, su expresión denotaba coraje y desesperación retraída.

—No, no, tiene toda la razón Doctor, estoy seguro de que usted piensa lo mismo que yo, y que esta reunión no tiene nada de cortes sin en cambio creo que podríamos llegar a conclusiones interesantes, pude ver sus pupilas dirigirse por cada uno de los comensales mientras la cena se llevaba a cabo y usted apenas si probó bocado.

—Vaya que es observador Sir Langdon, Y con una muy dotada visión pues ver el movimiento de las pupilas a través de tan generosa corpulencia de Sir Adams no es una tarea fácil.

—Doctor, lo nuestro no son los números o los negocios como tal, pero somos parte importante de que este pueblo se mantenga en paz y que nos tengan acá justo ahora se me hace incluso más peligroso que si estuviésemos fuera, en medio de la comarca a la mitad de la noche.

— ¿Por qué dice eso Sir Langdon? ¿Qué hay de peligroso en esta generosa cena?

—Desde que se dio la primera desaparición con Lady Rogers me di a la tarea de yo personalmente montar una guardia nocturna que nos permitiese dormir tranquilos ¿lo recuerda?

Comento el policía casi al oído del médico a manera de cuchicheo, se notaba que era información que no deseaba fuera escuchada por ningún invitado de la fiesta.

—Sí, si lo recuerdo.

—Imagínese que Hoy se llevase a cabo un rapto, justo ahora, no haría nadie de las personas a reaccionar en caso de un siniestro de esa clase, ni mi guardia nocturna. En el caso de que alguien del pueblo se revelase y quedara mal herido usted no podría atenderlo pues este castillo esta franqueado por guardias que no dejarían pasar al más mínimo alfiler.

—Puede que tenga razón Sir Langdon, pero omitiendo la desaparición de mi hija dígame... ¿Cuál es el asunto que tengo yo en esta conversación?

Pregunto más sereno el Medico, bebiendo un sorbo de su copa.

—Bueno doctor, usted se percató de la manera de silenciarme de sir Arthur, tengo “pruebas” para sospechar de este personaje.

—Sir Arthur es el hombre más poderoso y respetado de Ondantin, seria incluso suicida pensar en esa posibilidad —Dijo el doctor con los ojos completamente abiertos y con un semblante excitado.

—Es posible Doctor, dígame ¿Qué comió del buffet?

Una voz poderosa en tonos tenores emergió del bullicio a las espaldas de los dialogantes.

— ¿Cómo están caballeros? ¿Se les ofrece otro bocadillo? ¿O una copa de vino? Contamos con una reserva de un siglo en barricas —Una mano pesada sorprendió sus espaldas, se trataba de Sir Arthur— Luce mágica la comarca, parece sacada de un libro de la mitología nórdica, lleno de magia... Tan mágico que llega a desaparecer hasta personas.

—No creo que sea prudente...

Interrumpió el policía ante comentario tan fuera de lugar del Lord.

—Nada es prudente Sir Langdon. La situación no es fácil y menos para usted y créame, para mí tampoco, las utilidades están por los suelos, la gente ya no sale a comprar, a trabajar, se auto sustentan austeramente y prefieren vivir en un tipo de autosuficiencia arcaica que me da asco.

El doctor se limitaba a ver el enorme abdomen de Sir Arthur disimuladamente.

—Doctor espero le haya gustado la carne, en especial mande preparar el filete de cerdo que estaba marinado en el vino tinto para usted sin hueso

alguno, listo para degustar.

—Oh si, estuvo estupendo Sir Arthur, le agradezco y no sabe cuánto, Dios lo debe proveer de más.

—Aguarda Watson, Dios no fue quien Provo bocado, fuiste tú, así que hazme un favor y únete a la fiesta, al banquete, esta festividad no es para fumar a orillas de un balcón hablando de cosas sin sentido ¿Verdad “Sir Langdon”?

Argumento el corpulento hombre con voz de trueno mientras volteaba a mirar al policía con un rayo en la mirada que debilitaba cualquier posibilidad de Langdon de argumentar cualquier cosa contraria.

—Claro Sir Arthur, si me permitiera unos minutos...

—No se los permito Langdon, dispóngase a disfrutar hoy que no sabe si será la última noche de su vida.

Esas palabras le calaron los huesos y provocaron en Langdon deseos de empuñar su arma y colocarla en la sien del señor.

## EL RAPTO DE LA SEÑORITA WATSON

Las tres de la tarde en punto y las nubes cubren de gris el cielo, podría anunciar una próxima llovizna o simplemente podría mantenerse así por el resto del día, el clima era en extremo agradable.

—Padre, necesito ver el río y los tulipanes que crecen a las orillas, estoy preparando una obra que llamare, “el renacer de los jazmines” puesto que por diversas épocas del año renacen los jazmines convertidos en tulipanes, pocos saben esa información así que se los dibujare al óleo.

Decía entusiasmada la joven a su ocupado padre detrás de un escritorio en medio de un consultorio médico.

—No demores, no te alejes del río, hazte acompañar de un peón por lo que más quieras.

—No se preocupe, no me puede pasar nada, el día tiene un ambiente perfecto y me siento inspirada.

—No lledes tantas cosas que puedan levantar alguna sospecha de poseer valores.

—Regreso al atardecer padre.

La bella joven con rostro afilado y con la mirada más inocente que toda la comarca había vislumbrado, una mujer en edad de ser pretendida por cualquier hombre pero que por su belleza exorbitante mantenía a todos los interesados como espectadores tras un aparador, contaba con un cabello lacio largo en tonos negros intensos que hacían un contraste con su blanca piel y que con esos cortes de vestido en tonos verdes la hacían lucir como la más hermosa princesa salida de un cuento de hadas, Lili Watson era su nombre y por donde surcaban sus pisadas o las del corcel que cabalgaba fuertemente robaban miradas y suspiros al por mayor.

Recorrió toda la comarca con su corcel en tonos cafés que hacían juego con su verde vestido, la acompañaba una bolsa de cuero que cruzaba desde su hombro derecho hasta su cadera en el lado izquierdo, recorriendo todo su torso con una cinta, la bolsa había sido manufacturada por el mismo Sir Luther y llevaba consigo un grabado de girasoles, en ella llevaba una libreta y

un grafito para poder trazar sus bocetos, cabalgo por más de una hora mientras su cabellera se revoloteaba con el correr del viento, hasta que llego a un riachuelo donde se almacenaban una cerca en todo el borde de múltiples colores en tonos pasteles que hacían lucir como una misma fiesta con todos los adornos, el riachuelo estaba totalmente solo y cubierto por las espesas hojas de los imponentes álamos que marcaban la delimitación de las aguas. En el camino que llevaba a la comarca había huellas de caballos y líneas de carruajes que ya iban casi secándose en el lodo, lo que daban a entender que hacía bastante tiempo ningún vehículo pasaba por esos rumbos, la bella joven de un solo movimiento se bajó de su corcel para comenzar a buscar el mejor Angulo y al mismo tiempo disfrutar de los olores que las flores le regalaban, efectivamente estaba colmado de tulipanes y ningún jazmín, quizá nadie lo percibía a pesar de la diferencia de los colores, comenzando el año con tonos blancos y convirtiéndose a colores múltiples en un abrir y cerrar los ojos, no era botánica pero sabía que ese cambio de aspecto era un espectáculo propio de la naturaleza, hallo una piedra al fondo del riachuelo justo donde el cauce del agua giraba hacia la derecha y formaban un ángulo de poco más de noventa grados y desde donde se podía ver casi de frente toda la corriente de agua con el adorno de los monumentales arboles salpicados de múltiples colores en todas sus bases, el paisaje seria digno de un retrato artístico que proveería de paz y de felicidad a quien lo contemplase.

—Señorita Watson, ¿Interrumpo?

—Pero Sir... —Con gran asombro dijo la bella joven volteando de inmediato hacia su espalda.

— ¡Sir nada!, háblame de tu, no puedo dejar que la formalidad me aleje más de una mujer tan bella como Lili Watson ¿No cree?

—Bueno... Es probable. —Decía la joven mientras sus pómulos se llenaban de tonos rosas y agachaba la mirada hacia el arroyo.

— ¿Puedo ver? Dijo el hombre mientras señalaba la libreta sujeta en las manos de la señorita Watson.

—Aún no está terminado, acabo de comenzar incluso —Sujetaba con más fuerza la libreta mientras sus palpitaciones se aceleraban.

—Sería un honor para mí poder ver el nacimiento de una indudable obra de arte proveniente de tan bella damisela —Insinuaba el hombre mientras se

acercaba más a la Señorita Watson y sus ojos recorrían toda su anatomía.

Sin decir una sola palabra la dama acerco su libreta sujeta con sus manos y en la hoja el hombre vio líneas de grafito simulando la corriente del riachuelo que apenas daba forma a lo que sería un festín de la naturaleza capturado por la mano de un artista.

— ¿No cree que le falte color Señorita Watson?

—Sí, es solo el inicio de un boceto, aun no puede tener colores.

—Mmmm.

El hombre realizo este sonido mientras sacaba de su bolso una funda de piel del tamaño de una mano de adulto barón, poco menos de un pie, a tonos café realizado por Sir Luther por los grabados en la funda, la mujer miro fijamente las manos de este hombre cuando se dispuso a retroceder sobre la misma piedra donde se hallaba sentada, desenfundo del accesorio de piel un arma blanca aquel hombre y lucio brillante como recién sacada de la metalúrgica con vivos dorados en el mango.

— ¿Le parece si jugamos un juego Señorita Watson?

Pregunto con una mirada fulminante indirecta al cuerpo de la joven

—No, creo que es hora de irme Sir....

Contesto la damisela con un temor que emergía desde lo más profundo de su pecho y resultaba en una expresión de terror que hacía que se encogiera.

—Quedamos que no habría formalidades Lili me parece ¿Cierto?

Dos pequeños de no más de diez años se encontraban lanzando piedras al oeste del riachuelo intentando competir para ver quién de los dos tenía la mayor fuerza haciendo rebotar las piedras en repetidas ocasiones en forma de patitos cuando un grito los estremeció dejándoles los pelos de punta, su piel exponía los poros elevados y los bellos erizados, tres veces. Tres gritos que los dejaron inmóviles unos segundos, ambos mirándose a los ojos pensaron en huir, pero al poco tiempo cayeron en una conclusión, una conclusión que lejos de ahuyentarlos los ponía más inquietos y deseosos de averiguar de qué se trataba.

— ¿y si vamos a ver que fue eso?

Uno de los niños pregunto al otro con una mirada picara intentando provocar inquietud en su apaciguado compañero.

—No, me da miedo, quizá es un fantasma.

Contesto el pequeño inmóvil esperando que alguno de los dos decidiera emprender la huida.

—Por eso, vamos y nos percatamos de que sea un fantasma y lo agarramos a pedradas.

Contestaba el pequeño lleno de euforia viendo retadoramente a su compañero mientras su comentario era recibido con una mirada de temor.

—No, no creo que sea una buena idea.

—Vamos o te quedas solo.

Se apresuró a correr todo el sendero hacia la salida del riachuelo mientras volteaba a ver a su amigo como tambaleaba en quedarse mirando o comenzar a correr también, así que sin demorar más de dos minutos y unos veinte metros lo alcanzo.

—Es una locura Louis, agarra piedras por si tenemos que aventárselas a algo.

Gritaba desesperado el pequeño más tímido como su último recurso por si tenían que defenderse de lo que fuese que fuera que provoco ese grito.

—Y el loco soy yo.... —Respondió Louis con una mirada de pillo después de hacer una travesura.

Corrieron hacia el oeste de dónde provenía ese ruido, dejaban un rastro de humo al pisar con velocidad en cada montículo de tierra seca que había dejado el lodo después de días de ausencia de lluvia, corrieron más de diez minutos sin hallar nada, no volvieron a escuchar los gritos, pero habían recorrido más distancia de la que hubiese habido entre ellos y el tremendo grito y se detuvieron a tomar un respiro de no más de un minuto mientras debatían a donde ir.

—No hay nada, ya hubiéramos visto algo, ya corrimos mucho.

Decía el chico que corría atrás de Louis algo exhausto por la carrera.

—Tienes razón, pero hay que seguir buscando a ver que encontramos ¿A

caso no quieres saber que fue ese grito?

—Si Louis pero quizá no es buena idea, deberíamos ir al pueblo a decirle a Sir Langdon.

— ¿Estás loco?, Sir Langdon no cree en los fantasmas, seguro nos llevaría con nuestros padres y nos darían la paliza de nuestras vidas.

Mientras Louis daba sus argumentos para seguir en su búsqueda de los gritos el pequeño Marcus veía fijamente todo el riachuelo y las flores multicolores que dibujaban la barrera de enfrente a donde estaban.

— ¿Qué son esas telas? —Señalaba Marcus con su mano derecha a la parte de enfrente del rio.

—No las veo, ¿Dónde están?

—Ahí, junto a la piedra en la curva, debajo del álamo, están como manchadas ¿Las ves?

Señalaba Marcus mientras intentaba agacharse como si esa posición enfocara más el ángulo.

—No, no puedo ver, ¿crees que...?

—Shhh, guarda silencio Louis, se escucha un carruaje.

Se agacharon los pequeños detrás de los arbustos que complementaban los tulipanes casi a la rivera del riachuelo, se hicieron tan pequeños que podrían perfectamente caber en un balde de metal con los que se ordeñaban las vacas del establo de Sir Lazco. Espiaban sigilosamente el caminar del carruaje, era negro, todo cubierto de cortinas negras, el corcel era negro, y seguramente un semental de más de quinientos kilos de peso, solo un corcel tiraba del carruaje, en la parte trasera tenía una A dibujada en manuscrito y entre el cabalgar del caballo, de los sonido de entre las ruedas girando en la tierra seca y la corriente del agua del riachuelo se escuchaban unos quejidos, y pequeños forcejeos, los pequeños sacaban los ojos en cada grito ahogado, de ser un paisaje mágico se convirtió en un ambiente hostil lleno de mil preguntas.

El carruaje se fue haciendo más y más pequeño a la par del giro de las ruedas de carruaje hasta que el sonar de las ruedas de madera revoloteando las piedras del camino se extinguió, al girar para peinar la zona los pequeños

distinguieron ya más cerca de resto de color verde al otro lado del riachuelo que se trataba de un pedazo de tela con sangre en tonos verdes envuelta en tierra y hojarasca seca.

## LA DECISION DE SIR ARTHUR.

—Sir Langdon, déjeme agradecerle por sus servicios hasta el día de hoy, pero con la situación presentada en Ondantin tenemos que tomar medidas más severas y a esto se debe mi reunión el día de hoy con todos ustedes.

Decía elevando los brazos Sir Arthur en medio de la sala aun con un bullicio generado por la convivencia de los nobles allí reunidos y con una música que iba desvaneciéndose poco a poco al ritmo de las palabras de Sir Arthur.

—Es por eso por lo que he decidido que el general acá presente Sir Gerard oficial de mi palacio se encargue de la seguridad de Ondantin de ahora en adelante, habiendo aquí reunidos todos los nobles del pueblo me dirijo a ustedes para que de modo democrático votemos a favor o en contra de esta decisión que he apelado por el bien de Ondantin así que les suplico ¡votemos!

Todos los nobles se vieron unos a los otros y con una mirada casi nula y ausente fijaban los ojos en la expresión imberbe y fría de sir Langdon, nadie se decidía a votar, a emitir algún movimiento con las manos, Sir Arthur estaba franqueado con hombres armados como anunciando una masacre en el caso de que el poderoso hombre lo indicara, el silencio hizo presente en la sala, hasta que de la nada y sin aviso alguno se dispuso a caminar un paso al frente Sir Adams, y con su pesada anatomía se ajustó los pantalones, jalo un respiro grande de aire, resoplo y saco su brazo derecho mostrando su pulgar arriba y viendo a todos los ahí reunidos de una sola barrida con la mirada, sin culpa alguna elevo el dedo, la cabeza de Sir Langdon dejaba caer una gota de sudor que resbalaba por la sien, Sir Andrews continuo con la serie de votos positivos, su mirada era la más dura, Sir Waters como por inercia al ver la reacción del voto de su compañero de platica se dispuso a señalar su pulgar arriba para apoyar la resolución de sir Arthur, conociendo tres de los votos todos los hombres, algunos dudosos pero empujados por la determinación de los tres primeros se dispusieron a seguir el gesto de aceptación ante tan discutible decisión, de un momento a otro, la mesa redonda se había convertido en un espectáculo donde el cordero a devorar por el león debía ser Sir Langdon y su inminente desalojo de Ondantin, en cada gesto que la mayoría de hombres nobles que se hallaban ahí reunidos gesticulaba en armonía con la decisión de Sir Arthur, Sir Langdon por su parte tenia deseos

de estallar y argumentar el sinnúmero de pruebas que le habían permitido dudar más de una ocasión de Sir Arthur, así que giro su cabeza y pudo observar ante un conglomerado de decisiones en contra que la única persona que no había emitido su voto era el doctor Watson, el hombre que hasta hace unos momentos había escuchado atento el argumento policiaco de Sir Langdon.

— ¿Qué sucede Doctor Watson? ¿Acaso no quiere simpatizar con la nobleza que hallamos en este círculo en favor de Ondantin?

Preguntaba ansioso con un gesto de excitación Sir Arthur mientras aun saboreaba un mordisco inmenso de carne que dejaba escurrir los jugos por su barbilla.

—No me niego a participar Sir Arthur, pero no creo que sea la mejor manera de hallar una solución al problema que aqueja a Ondantin.

Decía el doctor con una particular intimidación a las palabras, y con varios pares de ojos sobre si con gestos y miradas que viajaban entre presión y curiosidad.

—Da igual doctor, creo que ya está más que decidido, ¿O gusta agregar algo más a su basto comentario? —Agrego Sir Arthur en tono burlesco y sátiro.

—Quiero comentar como ciudadano más que como miembro de la mesa de nobles de Ondantin. Soy el más interesado sobre estos temas puesto que mi hija fue la última desaparecida de la comarca de muchos, claro, me parece que hay una investigación de por medio...

—Investigación o no Doctor Watson no hemos obtenido ningún resultado y sigue desapareciendo gente, la utilidad de ustedes al desaparecer importante número de población va siendo menor y por ende el tributo que pagasen por trabajar mis tierras va siendo de lo menos útil para mí y para mi estructura, no sé si me estoy explicando doctor.

Interrumpió con la ceja fruncida y con gran coraje en su hablar sir Arthur.

—Bien Sir Arthur no hay más que opinar y que mi voto quede como nulo —Opino cabizbajo el doctor Watson.

—Quiero hacer una exposición del.... —Fue interrumpido abruptamente sir Langdon—

—No hay más que agregar Sir Langdon, si es que aun debo llamarle Sir, puesto que según el consenso que se realizó frente a sus ojos no hay mucho más que saber de usted ni de su trabajo, uno de mis guardias lo escoltara a su morada para que en lo más próximo podamos conocer que usted ya no pertenece a la comunidad de Ondantin pues creo pudo apreciar ya no es bien recibido —Soltó una carcajada mientras decía estas últimas palabras.

Un guardia a la señal de sir Arthur camino hacia el policía que se encontraba en el hemisferio contrario de la mesa a donde se hallaba Sir Arthur, llevaba consigo un atuendo similar al de los romanos sin el casco, Sir Langdon en un intercambio de palabras con el imponente guardia, no permitió que tocasen su anatomía así que tomo del perchero real su gabardina y su sombrero, cruzo una mirada con el doctor Watson, barrió con los ojos desde los músicos que lo miraban como congelados, a todos los hombres allí reunidos que trataban de no cruzar ojos con él para no sentir culpa, la servidumbre que esperaba ansiosa por terminar de servir más del fastuoso banquete y los guardias, ellos permanecían inmóviles como si se tratasen de estatuas, todos coincidían en una sola cosa. El silencio era el caballero mayor ante la escena de la salida del castillo de sir Langdon, este se colocó su sombrero y con la gabardina en el brazo salió escoltado por el guardia del castillo.

En cuanto su silueta desapareció de la vista de sir Arthur el máximo noble aplaudió tres veces en señal de atención y fuertemente replico.

— ¡Vamos! que la fiesta debe continuar.

—Sir Arthur díganos ¿Cómo trataremos con el problema de Ondantin? — Preguntaba Sir Andrews muy preocupado.

—Sir Andrews me parece que había quedado todo pactado ¿no le parece? Mi jefe de seguridad será quien se encargue de la tranquilidad de Ondantin, deje de mover las manos como si tuviese frío y disfrute del banquete y la fiesta —Dijo Sir Arthur con un tono envolvente pero osco a la vez.

La música comenzó a sonar en tonos metálicos fusionando varios ritmos que darían la impresión de que el jazz se había fundado antes que el mismo blues, los metales se alternaban mientras las cabezas de los hombres se giraban a verse los unos a los otros, las puertas se abrieron para dar paso a las damiselas esposas de cada uno de los nobles allí reunidos, los colores en tintes similares al vino tinto se hacían presentes para mostrar las mejores telas

que Sir Michaels pudo alguna vez traer del rededor del mundo mediante sus viajes en barco directamente para Ondantin.

Las copas cristalinas, el aroma a incienso, los múltiples bocadillos, la música habían borrado el incidente de la salida de Sir Langdon, nunca paso nada al parecer, parecía un Ondantin sin problema alguno, con una prospera temporada llena de cultivos y múltiples intercambios comerciales en todo el pueblo, no pareciese que estuviesen ante la máxima tragedia que Ondantin pudo haber vivido jamás.

## EL VIAJE DE SIR LANGDON

Al salir del salón donde se llevaba a cabo la fiesta esa noche sir Langdon se encontró con un vestíbulo que mostraba las enormes puertas del salón principal, una alfombra en colores oscuros mate que dibujaba dos caminos rodeados de múltiples puertas intercalados por cuadros al óleo y a continuación dos guardias que inmóviles dejaban que pasara a su increíble destino el que hasta esa noche había sido el encargado de la seguridad en Ondantin. Se abrieron las puertas que dejaron entrar los rayos azules penetrantes de la luna en contraste con lo amarillo de los candelabros del palacio, sir Langdon bajo las escaleras lenta y pesadamente, el castillo era la propiedad más prominente de todo Ondantin, se encontraba a las faldas del cerro que proveía de múltiples recursos al pueblo, y comenzaba a descender haciendo parecer que esta monumental propiedad sería la cereza en el pastel si Ondantin fuese producto de repostería, camino con su gabardina empuñada con la mano derecha tan fuerte que si la prenda hubiese tenido que respirar la hubiese estrangulado, sus pisadas hacían sonidos de varios choques de la gravilla en el piso, un guardia en uno de los escalones que bajaban del castillo con la expresión inerte comento.

—Sir Langdon un carruaje lo acompañara a las celdas del calabozo para que pueda recoger sus pertenencias.

Sir Langdon se giró a escuchar la indicación del oficial y acabada la frase se volvió hacia la vista del pueblo, se escuchó el crujir de las piedras en el piso que rodeaba la propiedad de sir Arthur, un carruaje de color negro tirado por un corcel negro que por el tamaño debía ser un semental aparecieron lenta y pesadamente, venia controlado por un hombre que sir Langdon nunca antes había visto antes, el hombre tenía un sombrero que en partes caía por el peso de los años, una gabardina como sacada de una tumba del cementerio que incluso era adornada con tierra, el carruaje se perdía entre el paisaje de la maleza y despedía un olor indescriptible como desagradable que era tan frio que helaba las fosas nasales de quien lo percibiera, el carruaje se detuvo hasta pasado Sir Langdon, paso de manera tan pesada que casi se da un salto hacia los escalones para evitar una intercepción, una A dibujada en la parte trasera del carruaje en manuscrito indicaban a la vista de Sir Langdon que se trataba de un transporte de sir Arthur, a pesar de ser un carruaje de la propiedad de Sir Arthur nunca lo había visto por los alrededores de todo Ondantin, el viejo

que llevaba las riendas del pesado vehículo dijo al sorprendido detective.

—Suba que no hay mucho tiempo...

Mascando una espiga con el lado izquierdo de su mandíbula, el detective con toda desconfianza y de la manera más lenta posible fue subiendo a la carreta que al tocarla se sentía tan fría como el mismo metal aun siendo de madera, los recubrimientos eran de piel en tonos negros, las cortinas se veían negras, el carruaje en su interior estaba más que frío, había espacio como para cinco personas más, dentro no hubiese sido difícil ver los vidrios empañados pues las temperaturas eran heladas, la carreta avanzo pesada pero fluidamente varios centenares de metros colina abajo hasta llegar al calabozo, durante todo el camino Sir Langdon se dispuso a apreciar cada detalle de la carreta, en el piso había restos de lodo, manchas más oscuras sobre la negra piel, manos marcadas en los cristales, el vehículo había sido utilizado reciente y constantemente por esas marcas, lo extraño de todo radicaba en jamás haber visto ese vehículo antes en un pueblo tan pequeño donde todos y cada uno de los vehículos eran conocidos y más por la autoridad del pueblo.

Al pasar sobre una raíz de sauce sobresaliente antes de llegar a la urbanidad de Ondantin todo lo que el vehículo llevaba en su interior rompió ley alguna de la física dejándose flotar momentáneamente. Por puro instinto Sir Langdon agacho su cabeza pese al espacio excesivo que había dentro del carruaje para evitar golpearse con cualquier cosa que interpusiese detrás de su nuca, al mismo tiempo que sus asentaderas se elevaban centímetros por el asiento de piel manchado se elevó un pequeño artefacto en el piso que brillaba, al choque de la luz de la luna con el pequeño decorativo deslumbro la vista de Sir Langdon con el destello, de inmediato se apagó en cuanto cayó al piso, Sir Langdon de inmediato sin agacharse estiro su extremidad inferior izquierda hasta que su calzado pudo acercar poco a poco el artefacto decorativo que estaba en el piso.

Dentro de un análisis exhaustivo dedujo que el carruaje haciendo a un lado la letra que estaba en la parte trasera del vehículo era de uso privado, personal y escondido de sir Arthur pues ese espacio tan amplio del interior solo podía ser utilizado por una humanidad tan generosa como la de Sir Arthur y su prominente abdomen que sobresalía al nivel de otro adulto de magnitudes normales. Poco a poco fue acercando el adorno brillante hasta que este se encontró a sus pies, no soltaba el asiento de la carreta puesto que tenía la

sensación que si lo hiciese podría sucumbir al movimiento excesivo de tan arcaico vehículo, tomo el ornato brillante con la mano derecha, se trataba de un pendiente, un pendiente de brillantes con un gancho, un gancho para incrustarlo en el cartílago de la oreja, pero por la poca luz que se tenía, el gancho lucia en extremo oscuro, demasiado para ser de un pendiente de brillantes.

Por la circunferencia de las ruedas y las vueltas que habían maniobrado cada una de los cuatro neumáticos habían recorrido ya según los cálculos de Sir Langdon la cantidad de cuatrocientos metros, el calabozo y la comisaria se encontraban a no más de doscientos metros de la residencia de Sir Arthur, las ventanas del carruaje estaban blindadas de toda visión por las cortinas aterciopeladas en tonos negros satinados, la carreta paro en seco que por poco mandaba a sir Langdon al asiento de enfrente, el pendiente estuvo a punto de zafarse de su mano derecha y su mano izquierda quedo más que irritada tratando de mantener todo su cuerpo en su lugar al sujetarse del asiento, se escuchó como la voz áspera y seca del hombre que manejaba la carreta decía.

— ¡Dame el encargo!

—Necesito lo que pactamos —Decía otra voz más juvenil pero sólida y clara al oído de Sir Langdon.

Un sonido de metales se escuchó caer en una superficie suave, unos metros cerca de la carreta mientras la carreta se balanceo unos centímetros, <<se trataba de un intercambio seguramente, no es la hora de salir del vehículo, esto pinta demasiado extraño>> pensaba Sir Langdon mientras agudizaba su sentido del oído para tener el por menor de los detalles del intercambio, no se escucharon más palabras que las del pequeño dialogo a dos líneas, se escuchó el tirar de los látigos y el pesado arrancar de la fuerza del colosal corcel, sir Langdon no tenía la menor idea de que se trataba ni de donde estaba en ese momento, lo único que podía escuchar era múltiple hojarasca pasar por debajo de las ruedas del vehículo, no daba mucha pista pero si su memoria fotográfica no le fallaba estaban por salir de Ondantin ya que en toda la comarca y los senderos urbanos estaban llenos de verde pasto.

## EL GRAN FESTIN CONTINUACION

La fiesta mantenía un ritmo jovial lleno de servidumbre más que generosa, los sirvientes más allegados a Sir Arthur tenían preparado en el mismo salón lleno de comida un comedor a las orillas, este fue maniobrado para hacerlo más cercano a la música y que las damas en compañía de los nobles caballeros acompañantes tomaran parte del deleite al paladar, todas las damas se colocaron en espera de los platillos y de inmediato fueron llegando poco a poco un sinfín de cortes de filetes jugosos y llenos de salsas que decoraban el aspecto rojizo de la carne a medio coser, las mujeres trozaban la carne con los cubiertos de plata en fragmentos más grandes de lo normal por lo exquisito de la carne, los caballeros debatían sobre negocios y la ausencia de clientes debido a los problemas de desapariciones en Ondantin, los vinos acompañaban los cortes de carne, todo en porciones más que abundantes, llegaban bocadillos de tamaños fuera de lo común, la música seguía promulgándose como alma de la fiesta y las mujeres no mostraban preocupación mayor a la que podría causarles algún defecto de su vestimenta en tan especial reunión.

— ¿No cree que había una esperanza con Sir Langdon al frente de la investigación sobre las desapariciones?

Se acercó el doctor Watson a Sir Adams, y este a pesar de estar con gotas de sudor escurriendo por toda la frente y la sien, el mamotreto cuerpo del hombre de negocios se giró, saco su pañuelo y se enjuugo todo el rostro con la tela y paso seguido dejo escapar.

—Sé muy bien que usted está pasando por un mal momento Watson pero en mi antigua opinión y como el más veterano de la comarca sé que este joven seudo policía solo estaba haciéndonos perder el tiempo, no es la primera vez que pasan fenómenos de esta clase, pero estoy seguro que el intrépido ciudadano no hacía más que hacernos perder el tiempo, fúmesse un cigarrillo Watson y este seguro que su hija aparecerá, pues de lo contrario quizá en una forma no tan positiva pero ya posiblemente hubiese aparecido ¿No cree?

Decía agotadamente y con una respiración perturbadora Sir Adams

—Es muy probable, comparto su opinión, pero por otra parte podríamos entre todos ayudar a que esto se resuelva.

—Haga lo que tenga que hacer Watson, yo en su lugar lo haría, una hija no se tiene dos veces y menos con la belleza que su hija poseía. No lo dude y hágalo Watson.

Paso seguido, aspiro el cigarrillo y su rostro seguía exhalando gotas de sudor, el doctor Watson por su situación era susceptible de cualquier tipo de comentarios que pudiesen martillar su cabeza, desde una conjetura indicadora que marcara a un responsable donde el hombre pudiese desquitar su ira hasta un argumento que lo dejara aún más sin rumbo de lo que ya estaba, la incertidumbre era lo que lo mataba por dentro, el no saber si su hija justo en ese momento estaba siendo torturada, si estaba con vida y si así fuese cuál era el estado en el que se encontrara, todo esto pasaba y atravesaba sus pensamientos mientras quedaba con la mirada perdida en una de las baldosas de mármol que formaban el lujoso y reluciente piso del castillo.

—Sir Watson, Dígame, ¿cree usted que pueda proporcionarme algún medicamento para poder ayudar a disminuir la reproducción de las reses?, como usted sabe debemos de adecuarnos al número poblacional, justo ahora el déficit poblacional y la temporada hormonal del ganado me han creado un conflicto.

Decía Sir Lazco mientras guardaba sus manos en las bolsas de su chaleco irrumpiendo con la concentración con la que se encontraba el doctor Watson.

—Probablemente Sir Lazco, tendría que realizar un viaje de tres días, y tendría un costo elevado pues son productos de alta tecnología, en mi condición y por la espera de las noticias que se tengan de mi ausente hija me temo que por ahora no me es posible ayudarlo, le recomiendo momentáneamente intercalar los horarios del ganado para evitar los reses hormonales y la sobrepoblación.

Decía el doctor Watson mientras daba un sorbo de la bebida transparente que se alojaba en su copa, aun sin mirar a la cara a sir Lazco.

—Dígame doctor, ¿Por qué no emitió su voto ante el quorum?

Cambiando de tema y con especial interés abordó sir Lazco pues la sugerencia del doctor le pareció atrevido además de estúpida, y esta era el único tema que podía mantenerlo en una conversación hasta este momento.

—Sir Lazco, en mi situación cualquier ayuda que pueda surgir es buena, todo es bueno, ese policía ciudadano me parecía una opción para poder

recuperar lo que más amo en esta vida, esta reunión en especial ha movido fibras tan sensibles que me ha dejado totalmente desconcertado.

—Entiendo doctor, pero dejemos de hablar de estos temas, seguro todo se solucionará, quizá es un tipo de vandalismo más que un crimen, pues nadie ha aparecido hasta ahora, quizá estaban esperando algo de esta clase para pedir un rescate, cazar fortunas de una manera forzada, los alrededores se han poblado de manera tan diferente a Ondantin Doctor, así que dígame ¿Qué le pareció este banquete?

El doctor Watson no deseaba hablar más del tema, pero seguro esa conjetura por ese momento, aunque absurda podría regalar minutos de tranquilidad y charla trivial.

—Me pareció bastante generosa, debió gastarse una fortuna sir Arthur en tan abundante festín.

—Si costo una fortuna, seguro Sir Arthur tiene miles de fortunas más, no creo que haya causado estrago alguno en su bolsillo.

Argumentaba el magnate aun con las manos ocultas en las bolsas del chaleco.

—Pero usted debe saber el estimado de lo que se gastó acá pues debieron comprarle varias cabezas de ganado para que este banquete luzca así “interminable”

—Déjeme decirle doctor que no fui requerido para surtir al castillo real, me pareció algo extraño pero seguro trajeron carne exportada, de buena calidad, déjeme decirle que no me quejo de tan favorable sazón y calidad de la carne.

—Es probable Sir Lazco muy probable.

Termino el dialogo el Doctor con una mirada de duda e incredulidad.

## EL DESTINO DE SIR LANGDON

La carreta se paró de golpe, el caballo relincho en señal de queja por el lienzo azotado en su torso para frenar, sin bajarse del vehículo el siniestro hombre grito con su áspera voz.

— ¡Hemos llegado!

Se escuchó el juego de la cerradura por la parte de afuera del carruaje, se abrió la puerta y un hombre cubierto hasta la cabeza con atuendo de monje.

— ¡Baje!

Ordeno el monje son una voz sin ímpetu ni sentimiento alguno, con una voz como salida de una máquina.

— ¿Dónde estamos?

Pregunto sir Langdon con los ojos más que abiertos, la oscuridad aun dominaba, los arboles creaban sombras que solo dejaban pasar escasos puntos azules de la luna, en una mano tenía el pendiente empuñado con el sombrero, en el otro brazo tenía su gabardina.

— ¡Baje!

Nuevamente el hombre con atuendo de monje le dijo secamente al policía, este piso en la escalera de la carreta, y de dos pasos bajo a lo húmedo del piso.

—No es a donde nos dirigíamos, tengo que ir por mis pertenencias.

Dijo con desespero en su voz Sir Langdon mientras trataba de que con su argumento fuera respondido por el aparente verdugo cuando sin previo aviso y de la nada por la espalda fue asechado con un tronco extraído de una rama de sauce, la vista se nublo, las manos y los brazos se tornaron fríos y sin fuerza al mismo tiempo que su cuerpo se desplomo en medio de la hojarasca soltando por un lado su gabardina y por el otro lado su sombrero, lo último que pudo apreciar sus pupilas entreabiertas dominadas por los pesados parpados fue un par de pies cubiertos por cuero y cordones de mimbre, el cuerpo sin conciencia del policía fue arrastrado por un oscuro sendero lleno de tierra, hojas secas, varas y piedras, el cuerpo era arrastrado por una de las extremidades inferiores, toda la pierna derecha servía como timón del inerte cuerpo, el hombre con atuendo de monje recibió mientras tomaba de la pierna

a Sir Langdon un empaque envuelto en pieles secas que tomo y llevo bajo su brazo, el hombre desagradable que manejaba el carruaje fue despedido con una señal de la palma del monje como despidiendo el aire hacia el frente, el hombre de sombrero hizo una reverencia y se marchó de inmediato de regreso en la carreta, se masajeaba las manos y se decía a si mismo todo el camino <<Nunca fue más fácil, nunca fue más fácil, nunca fue más fácil>>.

El monje camino una distancia amplia y larga con el cuerpo a rastras del detective inconsciente, llegando a una construcción desaliñada, cubierta en sus ventanas y puertas por cortezas de árboles, las paredes eran altas y delgadas, daba la impresión de que la casa estuviese absorbida por un agujero invisible en el cielo que estuviese alargando la casa, las ventanas de la planta superior no mostraban iluminación alguna, en la parte superior de la casa donde se formaba un pico que desembocaba en dos aguas de tejado se hallaban de pie zamuros de casi un metro de alto con los ojos rojos afilando hacia cualquier cosa que pudiera servirles como alimento, franqueaban todo el techo de la casa como si su aspecto tétrico y siniestro no fuese suficiente como para ahuyentar a cualquier tipo de persona que osase acercarse, el cielo comenzaba a tornarse rojo anunciando una calurosa mañana, podrían ser las dos o las tres de la mañana, la secuencia del tiempo se había perdido justo ante ese tétrico paisaje, sir Langdon fue arrastrado hasta rodear media casa en medio de la hojarasca y la tierra que rodeaba el lóbrego edificio, en la parte trasera había una puerta a dos hojas hecha de tablones apolillados inclinada que cubría una entrada a la altura del piso, mientras dejaba en el piso el cuerpo sin movimiento alguno de sir Langdon el monje abría las puertas quitando las cadenas y los candados que forjaban un seguro, el rechinado de las puertas dejaron retumbando los parpados de los animales y del monje como si una abeja rondara sus oídos, se dispuso a comenzar a descender las escaleras y comenzó a jalar la pierna del policía, con una de sus manos, como si se tratase de un muñeco de trapo, el policía en cuanto fue arrastrado por los seis escalones que conformaban el descenso hacia el sótano de la oscura casa despertó poco a poco, sus parpados dejaban ver visiones borrosas de lo que era el patio detrás de la casa, aun la oscuridad en tintes rojizos por el cielo dominaban el entorno, la visión del policía apenas consciente era casi nula, el hedor que respiraba era el de carne descompuesta, podredumbre que alguna vez albergo vida en todo el entorno, quizá eso podría explicar la presencia de los animales carroñeros.

Como participes del festín de olores desagradables los carroñeros bajaron a acompañar la entrada del detective al aparente sótano, hay una luz en el centro de la habitación que alumbraba en tonos sepia a baja intensidad, un piso de madera carcomido por los años, lleno de lodo, basuras y manchas oscuras de algo que alguna vez debió ser líquido, sir Langdon poco a poco va despertando pero no es capaz de incorporarse ni de tomar fuerzas para al menos exhalar un grito de auxilio, el monje pareciera haber desarrollado los sentidos a un nivel no conocido por la humanidad hasta hoy puesto que sin ver pudo darse cuenta de que el detective estaba despertando, su pie recubierto con la piel dura sin curtir asegurado con los cordones de mimbre pateo la mejilla de su rehén dejándolo noqueado nuevamente, el cuerpo se arrastró por todo el piso dejando astillado todo su rostro, sus brazos fueron asegurados por cadenas que salían de una pared de piedra que seguramente pertenecía a parte de los cimientos de aquella tétrica construcción, del techo colgaban ganchos en forma de “S” metálicos que provocaban un sonido de armonía cuando rozaban uno con el otro, al fondo del sótano había una mesa amplia que colindaba con una pared llena de múltiples herramientas de filo, cuchillos, hachas, afiladores, tridentes metálicos del tamaño de un bastón, varas largas de metal.

Sir Langdon comenzó a mover su cabeza después de unos minutos de permanecer noqueado, podía ver con su precaria vista después de los golpes la pequeña luz sepia que alumbraba las sombras de las herramientas en la pared, la mesa con trozos de carne cruda, un gabinete metálico de quizá dos metros de alto y otros dos de ancho, sus fuerzas naturalmente se ahuyentaron con los el tipo de trayecto que se utilizó para transportarlo de la carreta al sótano y luego la debilidad, trato de sacudir su cabeza para que el asesinato voluntario de las hormonas creara en él una reacción emergente pero lo único que provocó fue que sus ojos se abrieran como platos, la fuerza no regresó, su peso hacía que sus muñecas sujetadas por las cadenas en la pared le cortaran la circulación haciendo sentir hormigueo frío en las manos.

— ¿Qué hago aquí?

Preguntaba sir Langdon mientras trataba de forcejear con las cadenas, el monje cubierto hasta la cabeza estaba sentado frente de su prisionero. Con un cuchillo empuñado de manera que el filo daba a su antebrazo, daba la impresión de que habían pasado horas y que el hombre con atuendo de monje había permanecido ahí más horas de las que el policía había permanecido

inconsciente.

—Pensé que representaría un reto mayor Sir Langdon

Decía el monje mientras giraba el cuchillo en su puño para trazas figuras en el piso de madera.

—¡Tenía razón!, esto es obra de Sir Arthur y piensan silenciarme, ¡objeto si no es así!

Las muñecas del policía forcejeaban haciendo un ruido metálico pesado en contra de la pared de piedra.

—No este tan seguro Sir Langdon, pero parece que su instinto como antes. Le ha fallado nuevamente. Hoy es una noche afortunada para usted, estoy seguro de que disfrutara conocer cada gramo de realidad para que sus ideas locas den paso a la coherencia y pueda no solo saber qué es lo que realmente pasa en Ondantin sino también ya sabiendo esto pueda con toda tranquilidad descansar en paz.

Respondía el monje aun con la cabeza cubierta y sentado de frente a Langdon.

Sir Langdon sabía que nadie aparecería para salvarlo, no podía ser irreverente puesto que eso implicaría morir sin saber al menos la verdad, esas palabras del oscuro personaje frente a su adolorida anatomía recorrieron como un bloque de hielo su espalda y se clavaron en su nuca para provocarle escalofríos que le dejaban helada la piel.

— ¿Qué quieren de mí? Supongo que ya no interferiré en las investigaciones para que puedan seguir cometiendo sus actos de crimen.

Comentaba desanimado Sir Langdon por la idea de soledad e impotencia que se formuló en su cabeza.

—Sir Langdon antes que nada necesito me dé oralmente un informe detallado de lo que usted sabe puesto que rumoró en la reunión que tenía pruebas suficientes para acusar a alguien.... ¿O me equivoco?

El monje limpiaba en filo de su arma blanca con parte de su vestimenta mientras oraba esas líneas, aun con un semblante cabizbajo aun sujetado de las cadenas en sus muñecas Sir Langdon en su cabeza pensaba solo en decir lo que sabía, sea lo que sea que le esperara en este oscuro e incierto destino

quizá eso podría ayudar en mitigar un poco su dolor.

—El resto del vestido hallado cerca del río, indica que la señorita Watson fue raptada con lujo de violencia, nadie tiene la infraestructura para realizar algo de esa clase salvo Sir Arthur, las ruedas de los carruajes encontradas después de la desaparición en el río de la señorita Watson corresponden a los vehículos que utiliza Arthur pues es el hombre en todo Ondantin con la caballería y transportes más extravagantes. Independientemente de esto la desaparición de Damián el pequeño mozo del aserradero me dio la otra pista, el mozo llevaba una boina estampada a cuadros en tonos cafés, esa misma tela es la que usaba sir Arthur en su pañuelo el día de la convocatoria para su festín de esta noche, casualmente esto sucedió días antes, he tenido trato con Arthur en repetidas ocasiones y jamás vi un pañuelo similar que le perteneciera al noble.

Las palabras de Langdon fueron penetrantes y seguras, llenas de coraje, un coraje que pertenecía a su posible último aire para salvar a lo único que le quedaba en ese momento, su vida.

—Siga buen hombre, me agrada escuchar como los demonios en cabezas ajenas provocan historias fantásticas que a más de uno podrían provocar la muerte...

Contesto con una voz profunda y llena de coraje el monje en respuesta al frío y seco comentario de Langdon mientras se levantaba de su asiento y caminaba hacia la mesa que se encontraba en uno de los extremos de la habitación.

— ¿Por qué dice eso? ¿A qué se refiere? Estoy cooperando esperando mi final sea lo menos doloroso. —Decía valientemente Sir Langdon con un trago de saliva mientras pensaba en que seguramente esa noche sería la última que pasaría con vida.

—Le he dicho que antes de que logre descansar eternamente estará en pleno conocimiento de todo lo que ha pasado en Ondantin, y soy un hombre de palabra así que cumpliré. ¡Continúe le he dicho antes!

Enterró el monje de golpe en la mesa de madera su arma e hizo vibrar metales que en ella se encontraban.

—Tres reuniones tuve en privado solicitando un apoyo, apoyo de los guardias reales, nada monetario, necesitaba quien resguardara el calabozo,

guardias nocturnas, monitoreo de entradas y salidas al pueblo, siempre se me negó dicha ayuda, no veo en que podría afectarle que me proporcionara ese apoyo, y la reunión... Toda la reunión estuvo misteriosa, trato de callarme, dejar al pueblo sin mi apoyo policial, engañar a los nobles con una reunión, dejar al pueblo vulnerable, no sé si soy yo el único raptado esta noche...

Decía ya con voz trémula el detective sometido.

—Relájese que es usted la única víctima hoy y se lo garantizo puesto que soy el encargado de que eso pase.

El monje dando la espalda a Langdon decía con una voz ronca y sin sentimiento alguno

— ¡De su cara cobarde! ¡Suélteme y pelee como hombre! ¿Dónde están los raptados?

Llego al máximo del éxtasis Langdon al saber que estaba frente al posible autor intelectual de todos los crímenes que yacían inconclusos en Ondantin y que este no se inmutaba, sus venas del cuello se exaltaban y su cabeza mostraba todo el mapa arterial por la exaltación que le provocaban las palabras del monje.

—Langdon, soy el encargado de que eso pase, nunca dije que realizara los raptos o cometiera el objetivo final. Garantizo que las victimas estén como usted, a merced completa de mi lord.

Contestaba el monje mientras sujetaba los filos de la mesa y el policía forcejeaba atado a la pared de piedra, el ambiente era demasiado hostil.

## EL AGRADECIMIENTO DE SIR ARTHUR

—Sir Adams de hombre a hombre le agradezco todas sus atenciones y sugerencias, mire que palabras que provengan de un hombre que conoce a Ondantin desde su nacimiento como usted, nadie. Diría yo.

Decía Sir Arthur mientras elevaba su copa a la altura del hombro junto con a la anatomía generosa de sir Adams.

—Por Ondantin haría lo necesario pues es como si fuese hijo mío, coloque la primera piedra y sería horrible presenciar cómo se esfuma la última piedra de la comarca.

Contestaba Al brindis el pesado hombre con voz exaltada y ansiosa de respirar.

—Aún tengo mucho que aprender de usted —Hizo una reverencia Sir Arthur— El banquete es de primera calidad, todo salió excelente, la carne es de lo mejor, y el transporte para el destierro de ese policía bueno para nada. Ni se diga sir Adams, realmente no tengo palabras para agradecerle lo que acaba de hacer por todos nosotros.

Dialogaba con su potente e imponente voz el máximo Lord a modo que su voz la escuchara la mayoría de personas en el salón, un cuervo parado en la orilla del balcón principal del salón aguardaba sigilosamente en uno de los balcones que permitían la vista tétrica de la comarca, sir Adams con todo su esfuerzo se incorporó con su bastón y se acercó a la nocturna ave para quitar se su tobillo un rollo de papel pergamino que tenía una leyenda escrita en manuscrita

*“Enmienda completada, aguardando su retorno”.*

El voluminoso hombre le dio un trozo de carne al cuervo y seguido del acto aleteo con la mano diciendo <<shh, shh>>, el cuervo emprendió el vuelo y el noble transportista se guardó el papel pergamino en el bolsillo del saco, se acercó con trabajo a sir Arthur y le dijo casi al oído.

—Mi lord, me marchó, mi carruaje espera por mí, a mi edad los desvelos pueden ser mortales, esta noche nos regaló más que acciones benévolas para nuestro pueblo. Nos regaló una fraterna amistad y una magnífica complicidad.

Estrecharon la mano y el generoso patrocinador se dispuso a retirar apoyado por su bastón y por un asistente que todo el tiempo se mantuvo a unos metros del magnate, un joven de unos veinte años, con la piel de color de la nieve, los ojos azules y la cabellera rubia al grado que podría pasar por cabello blanco a unos metros de distancia, el joven no articulaba ninguna palabra, solo se disponía a apoyar a Sir Adams en todo lo que requiriese aun sin que se le solicitara.

Las puertas del salón se abrieron y varios de los nobles con el desconocimiento de saber que el patrocinador de dicha reunión había sido Sir Adams se limitaban a estrechar su mano y decir <<Buenas noches>>, paso de un momento a otro a estar en el vestíbulo, se detuvo del brazo del joven y de su bastón a jalar aire y a observar los cuadros al óleo que intercalaban las puertas del castillo, en ningún momento le dirigió la palabra al joven, aunque se coordinaban de manera excepcional, tal parecía que hubiese una comunicación telepática, los guardias sabían que aquel hombre era quien habría enviado el carruaje para el transporte del policía, y que había sido quien horas antes había enviado carruajes llenos de carne curtida para el banquete que en toda la noche se disfrutó, sabiendo que debían ofrecer cortesía trataron de tender la mano del corpulento hombre aunque con ojos cerrados se negó con la cabeza, bajo a paso normal las escaleras se le veía fuerte y viril, opuesto a la actitud que había tenido toda la reunión, un carruaje estaba aguardando, un carruaje normal, tirado por cuatro corceles, un caballero de sombrero de copa y traje de paño negro le abrió la puerta del carruaje a sir Adams, el joven acompañante espero a que subiera el corpulento hombre, subió sin apoyo alguno, ya dentro del carruaje el joven lo siguió, sentándose en la banca de enfrente, todo el camino no hubo palabra alguna, sir Adams se sacaba los guantes blancos de noble y se enjugaba a cada instante con el pañuelo la frente y la sien hasta recorrer su cuello, el joven llevaba sus manos entrelazadas entre sus cuádriceps provocando el frio no penetrara su delicada blanca piel, el rumbo del carruaje fue colina abajo, atravesó el pueblo como bólido, en el interior sir Adams no se inmutaba por el movimiento, pasaron una raíz de sauce a gran velocidad que elevo a ambos pasajeros de su asiento despegándose centímetros de las bancas cubiertas de piel, ambos se sonrieron de verse elevarse. La hojarasca después de la raíz de sauce se escuchaba crujir debajo de las ruedas del carruaje, el carruaje llevaba una velocidad fuera de lo ordinario al grado que en cualquier momento podría salir disparado unos de sus neumáticos o hasta uno de sus pasajeros.

## SIR LANGDON CONOCE A SU VERDUGO

¡Tas! Se escuchó un azotar de puertas y sir Langdon volteo de inmediato, una figura curva que la tenue luz del sótano no iluminaba, el cielo rojo solo resaltaba la silueta totalmente oscura como una sombra, de su mano derecha salía un bastón que figuraba paralelamente a su pierna derecha.

—Buenas noches Sir Langdon, es un gusto verle por acá.

Esa voz le hacía conocida a sir Langdon, pegaba los parpados para que las pestañas crearan otro ambiente visual que le permitiera ver más allá de lo que sus pupilas le permitían, no tenía el timbre de voz alto e imponente de Sir Arthur, mientras esto sucedía el monje se alejaba a un rincón dejando de lado su capucha mostrando a un joven de color blanco pálido y cabellera rubia que estaba bajo el traje de monje, no le dijo nada al corpulento hombre, solo se limitó a escudarse en su esquina.

—Sir Adams, gracias al cielo, por un momento se detuvo mi corazón, ¿puede ayudarme? Ese hombre de ahí me ha traído a rastras hasta este lugar, tengo información que podría....

Decía con voz presurosa el policía con un semblante de esperanza al reconocer la voz del magnate transportista.

—Nada podría causarme mayor satisfacción que encontrarlo en este sitio y de esta manera, me temo que mi fiel plebeyo ya se dispuso a entablar una conversación con usted.

Caminaba el transportista de a un paso por oración acercándose lentamente al prisionero cerca de la pared.

—De modo que usted...

—Sí, Langdon, no Sir Arthur como le proclamaba al doctor Watson mientras frente a mi cara encendían sus cigarrillos, pude escuchar cada palabra que intercambiaban, ahora quiero intercambiar unas palabras con usted antes de que esto haya terminado de una buena vez.

Caminaba el corpulento hombre directo al banco vacío donde minutos antes había estado el monje, sin el menor esfuerzo tomo asiento.

— ¿Qué quiere de mí? ¡No pude resolver el caso!, ¡no le cause problema alguno!, ¿Sabe cuál es el daño que le causo a Ondantin?

Gritaba de cara a sir Adams y escupitajo salió de los labios de Sir Langdon hacia el rostro de Sir Adams, este soltó una carcajada airosa, de inmediato se enjugó todo el contorno de la boca con su propia lengua y se dispuso a comentar.

—Yo hice Ondantin, claro que se lo que le hago a Ondantin, pero no pasa nada si mi obra maestra me provee de algo de entretenimiento. Pero mejor dígame, Langdon, ¿Disfruto el banquete?

Comentaba muy alegre el gigantesco lord.

— ¿A qué viene eso Adams?

Preguntaba ya furioso el policía sometido, sabía que su vida estaba por irse de sus manos de modo que era el momento de hacer algo por Ondantin.

— ¿Adiós formalismos Langdon? Me parece perfecto, debo de confesarle que pensé sería más astuto, la edad avanzada proporciona más artilugios que pueden engañar a mentes perplejas e inexpertas como la suya.

Articulaba sin problema alguno el magnate a diferencia del banquete donde articulaba palabras dificultosamente.

— ¿A qué se refiere?, ¡dígame! ¿Qué quiere de mí?

Gritaba el policía desesperado por obtener algo que saciara su ira y su impotencia.

—Bueno Langdon pongamos en un plano de papel una lista de los desaparecidos y enlistemos las características ordenándolos del más reciente al más antiguo, en primer lugar, el último desaparecido será usted Langdon, bueno...En el caso de que alguien lo note, no creo que se den cuenta puesto que usted estaba pronto a desaparecer con mi ayuda o por su propio medio, antes de usted y la persona que desató la reunión donde decidí que usted...

Comentaba burlonamente Adams como si se tratara de un tema que Langdon debiese conocer por default.

— ¿Usted...? —Interrumpió Langdon con rabia en los ojos.

—Langdon, Sir Arthur es solo un instrumento, por mucho que su poderosa voz y su aspecto imponente diga algo, los años se hacen presente en cada maniobra que se realice en este pueblo, aun no puedo creer que no lo haya notado, tanto usted como la señorita si es que ahora se le puede llamar así a la

hija de Watson, tanto como el mozo y toda la demás gente de Ondantin no tendrían quien los extrañara, a la hija de Watson, la extraña Watson, pero solo Watson y Watson es el más insignificante de la mesa redonda, ese mozo sin oficio ni beneficio, ni casa, ni familia y usted Langdon, con nadie de por medio que al menos se dedique a colocar carteles con un boceto de su rostro por los bosques de los alrededores de Ondantin, ¿cree usted que le haría esto a la señora Rogers? Por ejemplo. Con una docena de hijo a cuestras...No Langdon, soy un artista, no un criminal, podrían notar la ausencia de los desaparecidos, pero un cambio mayor no causaran, además son gente que daña y enferman a Ondantin de manera sucia y alborotadora, no dejan que la comarca se desarrolle naturalmente, usted no estaba en el plan original Langdon pero usted inmiscuyo sus narices en un asunto que no le importaba y de una manera que solo molestaba a mí a mis allegados como a Sir Arthur. Pero dígame... ¿Qué tal le ha parecido el banquete?

Versaba Adams de una manera dominante que cautivaba toda la atención de los ahí presentes hasta que cambio el tono a uno más amigable para preguntar a cerca del banquete.

— ¿Por qué tanta insistencia en mi opinión por el banquete? ¿Quién se cree? ¿Acaso piensa que es Dios?

Preguntaba a costa de gritos el detective con actitud hostil en mezcla de desesperación.

—Naturalmente Langdon, el banquete fue ofrecido por mí, más bien la materia prima para realizarlo, el transporte que lo trajo hasta aquí también, ¿Es tan ingenuo que aún no ata cabos?

Exponía los puntos Adams mientras acariciaba sus manos.

— ¿Qué quiere decir repugnante hombre? —Pregunto con expresión de asco el policía.

—No hay crimen porque no hay evidencia Langdon, desaparecieron desafortunadamente personas, niños, pero ahí quedo mi querido Langdon, no habrá más, quedarán por ahora en el recuerdo de unos cuantos, pero en un pequeño tiempo se habrán olvidado, lo he visto una y otra vez, no hay mayor sepulcro que el mental Langdon.

El corpulento lord se acercó al policía y se remango la camisa para que poco a poco quedaran sus brazos al descubierto.

— ¿Qué pretende Adams? ¿Cree que le tengo miedo?, no agachare la cabeza ante un criminal de porquería —Escupió nuevamente lo más acertado al rostro del criminal de cuello blanco.

— ¡Jajaja! Muy independientemente de tu preocupación y de tus diálogos llenos de misticismo y conjeturas sin bases me daba un deleite visual al saberte degustando los múltiples cortes, Langdon el filete envinado. No se trataba ni más ni menos que un muslo del mozo Damián, y lo disfrutabas con una suavidad en tu masticar. Y ¿qué me dices de la carne marinada al mojo de ajo que degustaba Watson acompañando con su copa de vino blanco? No supo distinguir que se trataba de su amada princesa, Langdon, dime una cosa ¿Quién es mayor animal sin escrúpulos? ¿Yo que me encargue de hacerlos descansar eternamente? o ¿Usted, Watson y el quorum que se dispusieron a devorar en medio de fiestas y música a sus propios vecinos y hasta familiares?

De pie frente al policía imponentemente decía con tono burlesco Adams como si se tratase de un chiste mientras el policía forcejeaba y trababa de articular alguna palabra.

— ¿Qué está diciendo? ¡Hijo de perr...

—No hice más de lo que usted como toda la nobleza hizo Sir Langdon, nos unimos a compartir el vino y el pan en compañía de todos nosotros y encontramos un acuerdo para el bienestar de Ondantin.

El corpulento lord camino dando la espalda a su prisionero, esa noche en especial se veía más imponente que en toda la estancia de Sir Langdon en Ondantin, se dirigió al gabinete y abrió las puertas, salía un vapor pesado que se desplomaba, eso indicaba que lo que salía del gabinete era frio, solo frio

—Langdon, el aluminio en su modo más hermético acompañado del hielo en su base crean una cámara de bajas temperaturas que nos permite conservar la carne a un nivel que el vinagre y la sal no lo permitían, ¿Conoce usted esto?

Saco de la cabellera la cabeza congelada de la bella joven Watson, la expresión de la cabeza era la de una damisela durmiendo, la tomo por la cabellera y se atrevió a darle un beso en la mejilla, del cartílago de una de sus orejas se podía apreciar un pendiente, bastante similar al que Langdon había encontrado en el carruaje y que conservo hasta hace poco en su puño.

— ¡Eres un imbécil!

Grito desesperado Langdon.

—Langdon, justo en el momento en que la adrenalina se extiende por todo el cuerpo es cuando la carne llega a su punto más idóneo para que adquiriera un sabor único, clave, un sabor que ninguna res, ningún cerdo, ningún animal comestible puede regalarnos, ¿Sabe cuál es el secreto para mantenerme lleno de vida de una manera tan viril?

Preguntaba Adams mientras sostenía la cabeza de la joven por la mano izquierda, decía estas palabras en un tono que daría la impresión de querer persuadir a Langdon de que probara dicho festín.

—Me das asco, te repudio, —Gritaba Langdon, con esperanzas de que alguien que estuviese fuera lo pudiera escuchar.

—Es gracioso como no es posible que nadie que pudiera proporcionarle algo de ayuda este cerca ¿no lo cree?, Langdon, la carne humana es de lo más exquisita que jamás probara, no me dejara mentir, prueba está en que el banquete estuvo a punto de acabarse, casi me quedo sin reservas.

Adams coloco la cabeza en la mesa, tomo el cuchillo enterrado por el joven con la mano izquierda y rebano un trozo de mejilla del rostro de la joven casi del tamaño de una rebanada de durazno y lo coloco con el dedo índice y pulgar sobre su lengua, giro su rostro y comenzó a masticarlo mientras gesticulaba expresiones de sabor agradable mirando a su prisionero, en medio de un deleite de masticadas y mirando fijamente a su rehén comento.

—Langdon, ahora que sabe usted la verdad no tengo más opción que proceder a hacer lo propio con usted.

La yugular del detective saltaba y su frente comenzaba a helarse, sabía que no tenía escapatoria, cada persona sabe que llegara su final algún día, pero se busca que este sea no tan doloroso como el que sin lugar a duda le esperaba al policía.

—Trae la capucha y colócasela al invitado

Señalo Adams al joven mientras seguía masticando la mejilla de la joven, y el monje adolescente agacho la cabeza en señal de reverencia y se apresuró a tomar la capucha que colgaba de una alcayata incrustada en la piedra de la

pared, la tomo con ambas manos y se dirigió al prisionero, este forcejeaba y giraba la cabeza violentamente hasta que fue silenciado con un golpe propinado por Adams, un golpe que le cimbro hasta los huesos, y le dejó un río de sangre escurriendo por los labios

—Langdon, esta es una de las ventajas de degustar estos manjares de la vida, la vida que yo mismo me encargo de mutilar.

Mientras le decía esto al noqueado policía con el cuerpo colgado de las muñecas descolgaba de un poste hecho de un tablón viejo de donde salía un clavo un mandil con marcas y manchas de sangre, mandil que alguna vez fue blanco y tomo un afilador de la pared de piedra, un cuchillo de dientes entrecruzados y un cuchillo que tenía aspecto de oz, el policía con la cabeza cubierta tenía el corazón tan palpitante que sentía como sus ojos acompañaban su ritmo cardíaco pero su cuello ya no tenía las fuerzas para sostener su pesada cabeza, todo en completa oscuridad por la capucha, probablemente había quebrado alguna vertebra Adams con tremendo puño en su rostro, cerro sus ojos y se mentalizo a tratar de apagar todos los sensores de dolor de su cuerpo, pensó en su madre y los diez años de no verla, se preguntaba si algún día sabría que su hijo habría tenido ese final, <<¿Realmente alguien se percatara de mi ausencia? Yo mismo forje ese olvido en vida sumergido en mis asuntos>> pensaba mientras de su boca escurría un flujo constante de sangre espesa.

—Langdon es hora, ya puedo oler lo fresco de sus arterias bombeando la sangre.

Un golpe caliente atravesó su torso y un ardor seguido inundo su piel, uno más en el brazo derecho y otro en la pierna al instante, Langdon ahogaba sus gritos con la sangre que emergía de su boca, el dolor era inminente y agobiante, las manos de Adams se llenaban de sangre mientras su prisionero sostenido únicamente por sus muñecas y casi sin sentido salpicaba todo en cada corte que hacía abarcando ropas y pieles. Poco a poco la sangre fue escurriendo de toda la anatomía del prisionero hasta que poco a poco se fue quedando sin sentido.

—Toma su pulso y limpia esto, es hora de comenzar a preparar la carne para la festividad de mañana.

El joven rubio tomo a dos dedos la muñeca izquierda del extinto policía y al no sentir pálpito alguno miro al hombre directamente a los ojos, sus

pupilas se veían extendidas de excitación al haber perpetrado su acto, de inmediato al ver al joven, le ordeno

—Desátalo y coloca las partes en la mesa, necesitamos darnos prisa.

El joven soltó las cadenas de las muñecas del inerte cuerpo, se desplomo como un muñeco de trapo, la capucha se le fue retirada y sus ojos denotaban terror, estaban ya cubiertos por una nube blanca, el joven como si se tratara de un tronco de madera al que le sobresalen ramas tomo la cabeza y de varios cortes con los cuchillos lisos y los que tenían dentadura entrelazada desprendió la cabeza, con un trabajo mínimo que podría decirse que contaba con una increíble fortaleza física, la tomo por la nuca y la coloco en la mesa, lo propio hizo con cada una de las extremidades y las coloco en la mesa, por último tomo el torso y se dispuso a cargarlo para colocarlo entre las extremidades colocadas en la mesa, de inmediato se limpió las manos con su atuendo de monje y se retiró mientras a las puertas del sótano estaba Adams fumando un cigarrillo que encontró en la gabardina de Langdon, cuando el joven termino su hazaña Adams de inmediato volteo y se dispuso a ver que las partes del cuerpo aun con ropas se encontraban en la mesa, era de esperarse pues los gemelos tolerarían ver toda una masacre pero jamás un cuerpo desnudo.

El hombre tomo el afilador y su cuchillo de punta, un mazo plano y los coloco en fila en la orilla de la mesa, tomo con ambas manos el afilador y el cuchillo de punta, hizo el entrelazo en ambos para provocar el filo, con el cuchillo de punta afilado en extremo, rasgo las ropas hasta dejar el torso desnudo y comenzó a realizar cortes horizontales que dejaban salir en cada uno fajas de carne del extinto Langdon, debió sacar varias decenas de kilos, lo propio realizo con los muslos, la espalda, los brazos, todas las fajas de carne eran apiladas y llevadas al gabinete de aluminio por el joven de cabellos rubios. El cuerpo fue totalmente desvanecido hasta dejar los intestinos y los huesos en la mesa, el joven se dispuso a tomarlos en un recipiente de metal y colocarlo en el patio, los buitres se abalanzaron de inmediato sobre los intestinos del cadáver, devoraron hasta el último resto, incluso partieron volando con varios de los huesos, una vez introducido la mayor parte del cuerpo en cortes finos en el gabinete se dispusieron a colocar ambos personajes los instrumentos y a limpiar el lugar, cerraron el sótano, y rodearon la propiedad para subir al carruaje que estacionado los esperaba, el mismo que había transportado a Adams de la fiesta a la casona donde se

hallaba su invitado.

## EL BANQUETE DE PAZ

El resto de la cosecha transcurrió con normalidad en Ondantin, más de dos semanas sin ningún crimen ni desaparición forzada, el arado se lograba exitosamente, el ganado pastaba con total tranquilidad, las tiendas después de un par de días cerraban hasta altas horas de la noche, al salir la luna se escuchaba la polka mezclada de aplausos y gritos de efusividad, en las calles en las noches calurosas de verán, los pórticos se veían iluminados por antorchas y llenos de habitantes de cada morada, el crimen parecía haberse marchado con Sir Langdon, como si él hubiese traído el crimen y se lo hubiese llevado, los días llegaban con el canto de los gallos, las noches se musicalizaban con el chirrido de los grillos, el sonido del arroyo y el follaje movido por el aire en las noches llenas de ventisca, los niños jugaban fuera de casa sin preocupaciones, dos semanas después justo de que el criminal más buscado en toda la historia de Ondantin se dispusiera a realizar su obra maestra, llegó a cada casa una invitación con un sello que mostraba una “A” en manuscrita, la hoja de papel pergamino decía.

*“Es un placer invitarlos al banquete de Sir Adams para conmemorar dos semanas sin crímenes ni problemas en Ondantin, un banquete al aire libre en la plazoleta del pueblo el día de mañana a las 12:00 horas en punto, un exquisito banquete los esperara cortesía de un amante de Ondantin...”*

Tenía la firma de Adams al calce de cada pergamino, la voz se rego por todo el pueblo, la única persona que podía objetar algo sobre la reunión era Sir Arthur, quien al conocer la invitación de dicho banquete entregado personalmente por su guardia de seguridad no hizo más que soltar unas palabras.

—Confirma mi asistencia, este caballero cada día me deja más y más impresionado.

Su guardia se marchó haciendo una reverencia directamente a confirmar la asistencia de Sir Arthur con toda su comitiva, cada persona que era acreedor a una invitación de inmediato confirmaba la asistencia, todos los carruajes de Sir Adams se movían por todo Ondantin, los preparativos en la plazoleta se fueron dando desde el momento en que se repartían los pergaminos invitando a todo el pueblo, los carruajes con barriles de vino, centenares de flores para adornar las mesas, el personal de sir Adams parecía multiplicarse pero él no se veía por ningún lado.

Llegó la mañana de la esperada reunión, toda la gente desfiló por los senderos de Ondantin para llegar a la plazoleta, al fondo con las ruinas de Ondantin como parte de la escenografía, tocaba la banda de metales, toda la plazoleta se inundaba de olor de gardenias y jazmines, Todo el pueblo, tanto los nobles como los plebeyos se mezclaban para dar paso al banquete de la paz como la población lo llamo, las mesas cubiertas por decenas de metros de manteles, cada familia se situaba en cada silla, el sonido de los metales entonando la polka daban un recibimiento al pacífico festejo, las ruinas al fondo y lo verde de los jardines de la plazoleta hacían un paisaje de postal, de momento y sin previo aviso a mitad de pleno acomodo de la gente para el banquete se silenció la música y con un sequito

de hombres de blanco apareció Sir Adams con su bastón y su cansada pero voluminosa silueta, sus ojos casi cerrados y esa entrada que robo la atención de la multitud hizo que atentos escucharan.

—Bienvenidos al banquete de paz como es llamado por ustedes, mi querido pueblo de Ondantin, les he traído un sinfín de cortes deliciosos para que se dispongan a olvidar un poco del día a día de Ondantin y para que, por supuesto conmemoremos estas dos semanas de completa paz, que sirva de huella para que Ondantin con este banquete de paz marque un antes y un después, un aplauso para Ondantin.

La gente que estaba sentada se incorporó y todo el pueblo lo ovaciono, los aplausos duraron más de dos minutos, Ondantin necesitaba un héroe y sin duda una cabeza calculadora y fría con un poco de creatividad como una fórmula infalible, para que así todo lo que estaba sucediendo indudablemente fuese posible.

Los meseros vestidos de blanco con accesorios negros pasaron con las charolas de múltiples cortes de carne, desde envinados, marinados, en salsas de diversos sabores, aderezados con vinagretas, cortes solos y con guarniciones, un banquete basto para un pueblo como Ondantin, la música sonaba mientras las cabezas de familia distribuían cada corte para los miembros de sus familias, el buffet estaba repleto y debían ayudar de esa manera para que el abasto de platillos fluyera de manera adecuada, los nobles estaban repartidos por todas las extensas mesas, una familia de apellido Williams tomaba uno de los cortes en salsa de avellana, se lo paso a su hija la mayor, una joven de unos 17 años, en edad casadera, la joven se acercó el plato y tomo los cubiertos con ambas manos mientras esperaba que toda su familia tomara su platillo servido por su padre, una vez con plato en mesa su madre, su hermano menor, su padre y ella se dispusieron a realizar sus pequeños cortes, junto a ellos a espaldas de la joven debatían un par de nobles sobre la buena ventura que se avecinaba en los negocios cuando la señorita Williams se atraganto con un bocado del corte que estaba comiendo, los nobles de inmediato se giraron a ver si podían ayudar en algo, la joven se arañaba el cuello por el dolor y molestia que sentía mezclado por la falta de oxígeno, uno de los nobles, sir Lazco quería ayudar intentando poner de pie a la joven junto con su padre, el otro noble Sir Waters de inmediato ubico al doctor Watson entre la multitud, y con un agitar de manos en el aire le hizo la seña para que se acercase, una vez robada su atención le señalo toda la garganta con ambas manos en señal de que alguien se estaba atragantando, el medico se mezcló entre la multitud esquivando a todos los comensales, al llegar a la mesa se encontró con el padre de la joven y a Sir Lazco sosteniendo a la señorita, vieron al doctor y le preguntaron qué hacer, el doctor simplemente se limitó a decir

—Manténganla de pie con la espalda al descubierto.

Se remango la camisa por los brazos, la abrazo por la espalda y le practico la maniobra de Heimlich en tres ocasiones de una manera tan intensa que casi la elevaba del piso unas pulgadas, de inmediato la joven comenzó a toser fuertemente, la multitud ponía los ojos en la bella dama y en las maniobras del doctor.

Aunque había tosido y liberado la garganta de lo que impedía que transitara aire por ella, aun cerca de su tráquea podía sentir una molestia, ya respiraba pero aún no podía hablar, y se limitaba a señalarse la boca, el doctor Watson la miro y le abrió la boca, utilizo el mango de un cubierto como abate lenguas y bajo su lengua para poder ver un pequeño trozo de metal debajo de su campanilla, un metal brillante y pequeño, el doctor Watson tomo un pañuelo, con el envolvió su mano derecha y con una mirada de disculpa introdujo su mano en la boca de la joven, solo se veían salir los bordes del pañuelo cubriendo su mano, el doctor pudo sentir a tientas el intruso entre el comensal y el banquete, era una pequeña rueda de metal con un gancho, lo saco con restos de comida y con manchas de sangre y saliva, quedo en el pañuelo entre sus manos, al extender su puño para mostrarlo, su rostro no daba crédito, sus ojos se congelaron y su expresión se enfrió, se trataba del pendiente de su amada hija, soltó un grito de desesperación y comenzó a gritar

— ¡Mi hija! ¡Mi hija! Es el pendiente de mi hija.

Lo mostraba a todos en medio de un lagrimeo involuntario difícil de ver en esas épocas, la multitud escucho, aterrados soltaron cubiertos y escupieron bocados, algunas mujeres gritaron de terror.

## EL MISTERIO DE ONDANTIN

Justo antes de ser atado por las muñecas y cuando sus parpados debatían entre cerrarse y abrirse, Sir Langdon con un tremendo dolor tomo el pendiente y con tremendo dolor lo enterró bajo su pantalón en una de sus nalgas, por las herramientas, el gabinete, el hedor y los animales carroñeros fuera de la casa sabia a donde se afrentaba, conocía su destino y sabía que lo único que podía hacer era avisar a quien fuera su próxima víctima, no le sería extraño que si cuerpos se sirvieron en un banquete, su cuerpo sería un próximo festín, sus nalgas como sus muslos y su abdomen serian partes idóneas para guardar como carne a preparar, jamás se percataron de aquella hazaña, de alguna manera con este acto Langdon vengaría su muerte y la de muchos más.

La multitud de empujaba, huían despavoridos, empujaron mesas y sillas, Watson buscaba desenfrenado a Adams, Sir Arthur no ordenaba nada a su cuerpo de seguridad pues entendía la magnitud de lo que había sucedido, los nobles estaban horrorizados, los niños veían a sus padres confundidos, los músicos detuvieron la melodía, Adams salió corriendo con la vitalidad con la que cometía sus crímenes colina abajo donde un carruaje lo aguardaba.

Un estruendo rompió el bullicio de la población alborotada, una escopeta partía en dos la cabeza de Adams, sus sesos quedaron esparcidos en el césped de modo que parecían pétalos de jazmines en medio del pasto, al caer del pesado cuerpo los gemelos, uno al frente del carruaje y otro esperando en la puerta para acompañar a Adams se desplomaron entre sus prendas dejando solo los atuendos y haciéndose polvo, Watson había apretado el gatillo de su escopeta, escopeta que siempre lo acompañaba cuando salía después de la desaparición de su hija. Todo el pueblo estaba loco, un muerto en la escena, un asesino entre ellos, un banquete de carne humana probado por todos y cada uno de los ahí presentes, la ambición por ser parte de un obsequio, que como todo lo que se obtiene como gratis que por supuesto tiene un costo mayor al que monetariamente se pagaría por él.

De toda esta escena y los horribles casos de Ondantin que daban paso al “Misterio de Ondantin”

¿Quién habrá sido el mayor culpable?

**FIN.**

# **EL MISTERIO DE ANDANTINO**

**AGUSTIN CORTAMANERO**

**Contacto:** [Agustín Cortamanero.](#)